

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS

Los cuentos del abuelo Florian (o Cuatro fábulas al revés)

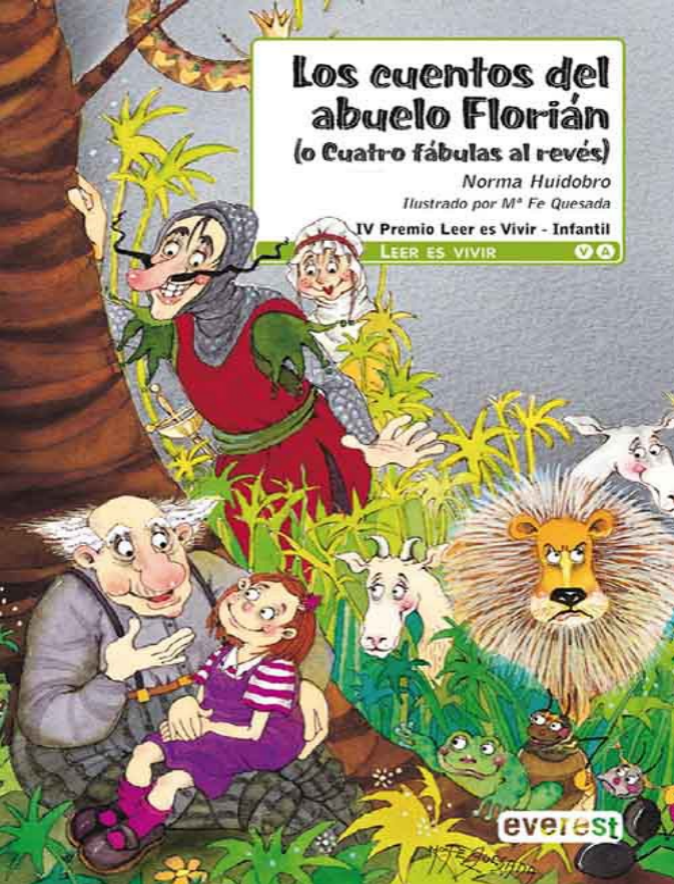
Norma Huidobro

Ilustrado por M^a Fe Quesada

IV Premio Leer es Vivir - Infantil

LEER ES VIVIR

V A



Los cuentos del abuelo Florian (o Cuatro fábulas al revés)

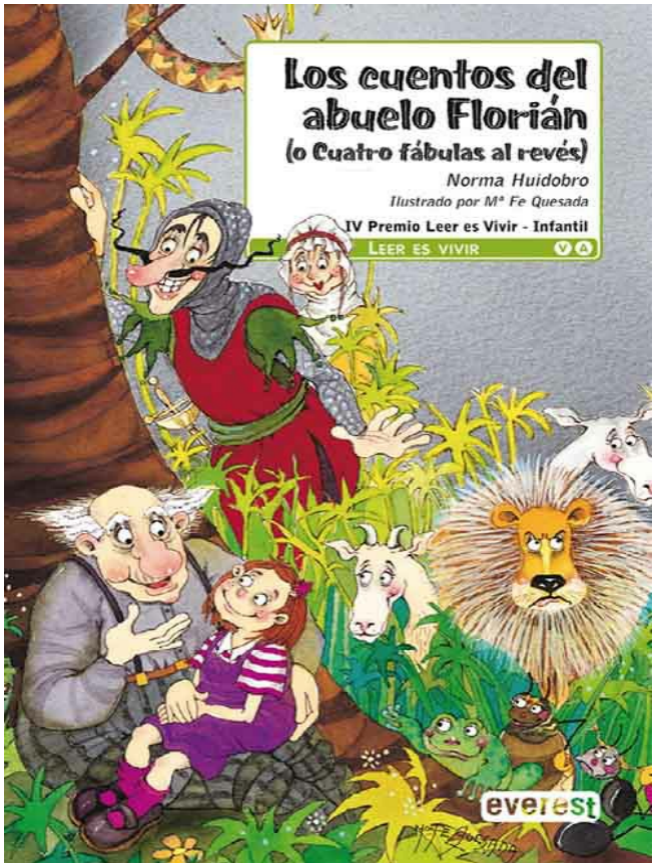
Norma Huidobro

Ilustrado por M^a Fe Quesada

IV Premio Leer es Vivir - Infantil

LEER ES VIVIR

V A



everest

Los cuentos del abuelo Florián (o Cuatro fábulas al revés)

Norma Huidobro

Ilustrado por M^a Fe Quesada

IV Premio Leer es Vivir - Infantil

everest



Lila tiene un abuelo que vive en una casa pintada de amarillo. El

abuelo se llama Florián y es bajito y pelado, aunque alrededor de la cabeza, de oreja a oreja, le crece una media corona de pelo blanco y finito, vaporoso como una nube, que le resalta aún más la calva redonda y lustrosa.

La casa pintada de amarillo del abuelo Florián tiene un patio de baldosas rojas, salpicado de macetas cargadas de helechos, geranios y jazmines. Un patio que en verano se oscurece bajo la sombra de una parra de uva chinche. Tal vez sea por eso que a

Lila le gusta tanto el verano: por la frescura de la parra, por las uvas, por las hojas dibujadas en sombra sobre las baldosas del patio a la hora de la siesta, cuando el sol recalienta el aire y las chapas del techo de la casa amarilla del abuelo Florián.

Lila espera el verano para quedarse a dormir en la casa de su abuelo. Entonces los días son largos y alegres porque puede hacer las cosas que más le gustan, como regar las plantas con la manguera, baldear el patio

descalza, oler los jazmines, comer uva chinche, bañarse en la pileta de lavar la ropa y escuchar los cuentos que le cuenta el abuelo. Porque el abuelo Florián sabe contar cuentos. Y también sabe hacer dulce de higos y remendar prolijamente su viejo mameluco azul. Lila cree que esos cuentos no están escritos en ningún libro; ella piensa que son historias que a su abuelo le salen de la cabeza, cosas que tiene guardadas desde que era un niño y vivía en un pueblo rodeado de cerros, con ríos

rumorosos y sauces llorones que acarician las aguas con sus largas ramas.

Una noche muy calurosa, Lila y el abuelo se sentaron en las reposeras del patio a mirar las estrellas por entre los huecos de la parra. El abuelo había puesto espirales en el piso para ahuyentar a los mosquitos, y era lindo ver subir la columna de humo larga y finita, que de pronto se enroscaba como un caracol –un caracol de humo– y después se diluía en la noche desapareciendo por

completo.

El cielo era una sopa de estrellas. El abuelo prepara ricas sopas, que sirve en tazones de loza azul. Cuando Lila mira su tazón de sopa, ve un cielo de estrellas que flotan en el caldo. Lila mete la cuchara y las estrellas temblequean. Lila toma la sopa y la boca se le llena de estrellitas calientes y húmedas. Ahora las estrellas están en el cielo y el abuelo también las mira. Serio y pensativo las mira.

Estuvieron los dos un rato

callados, hasta que por fin el abuelo Florián pronunció las palabras que Lila estaba esperando:

—Te voy a contar un cuento, una historia que conozco desde hace mucho, mucho tiempo. Se trata de un caballero joven y valiente, caminante de todos los caminos. Un caballero de verdad, con espada defensora de causas justas...



—¿Y cómo se llamaba ese caballero? —quiso saber Lila.

—Se llamaba, se llamaba... — trató de recordar el abuelo—, ¡se

llamaba Florianís! Ni más ni menos: Florianís.

Fue así como el abuelo Florián comenzó a contar las insólitas aventuras del simpático caballero. Y aquí van algunas, escritas más o menos como el abuelo las contó.

Primera aventura



Donde se relata el

particular encuentro
del caballero
Florianís con las
laboriosas hormigas y
la lírica cigarra.

Una fría mañana de un frío invierno, después de haber pasado una noche bastante abrigada en la cueva de un cerro, decidió el caballero Florianís bajar al valle en busca de algunas frutas para el desayuno. Iba contento, caminando a grandes pasos con sus largas piernas y sus largos pies, cuando un rumor intenso hizo que se detuviera. El caballero se sorprendió muchísimo porque el rumor venía de abajo... parecía salir de las piedras y los yuyos... No dudó. Florianís no dudó ni un

instante. Se agachó y empezó a observar detenidamente el suelo. Qué sorpresa se llevó al descubrir junto a una roca, medio ocultas entre los yuyos y el trébol, a más de cincuenta hormigas gritonas que rodeaban a una cigarra. El caballero Florianís, arrodillado junto a la roca, miraba a las hormigas, admirado de que siendo tan pequeñas gritaran y pelearan con tanta energía.



—¡No es justo! —vociferó una hormiga gorda que parecía ser la capitana—. No es justo que nosotras trabajemos todo el año para que después aparezca esta vagabunda pretendiendo que la ayudemos. ¡No, señor!

—¡Por supuesto que no! —gritó otra hormiga menos gorda, pero tan furiosa como la anterior—. ¡Si

quiere comer, que trabaje!
¡Faltaba más!

La pobre cigarra, arrinconada contra la roca, intentó abrir la boca para decir algo, pero inmediatamente saltó otra hormiga; ésta era alta, flaca y tenía cara de vinagre.

—Nuestra comida es nuestra.
¡Nuestra! —gritaba—. ¡De nosotras! —aclaró, por si alguien no había entendido.

De nuevo quiso la cigarra decir algo en su defensa, pero nuevamente se lo impidió una

hormiga, y luego volvió a repetirse la misma situación una y otra vez hasta que, finalmente, el caballero Florianís decidió que ya era momento de intervenir en el conflicto. Arrodillado como estaba en el suelo, con los brazos apoyados firmemente en la tierra y con la cara a ras de los yuyos, emitió un suave pero agudo silbido, sorprendiendo tanto a las hormigas como a la cigarra.

—¡Hola! —saludó—. Me gustaría saber cuál es el motivo de tanto enojo, señoras hormigas.

—¿Por qué no? —contestó la gorda, que de verdad era la capitana—. Sucede simplemente que esta cigarra haragana pretende que nosotras, incansables y honestas trabajadoras, le demos nuestra comida y un lugar en nuestra cueva —dijo, remarcando ella también la palabra “nuestra”—, porque, ¡claro! —siguió— ha llegado el invierno y la señora no tiene qué comer ni dónde dormir. ¡Habráse visto semejante desfachatez!

—¡Habráse visto! —repiteieron

las demás hormigas.

—¿Es cierto todo eso? —le preguntó el caballero Florianís a la cigarra.



—Sí, señor —respondió ella con voz de susto.

—¿Vio? ¿Vio que teníamos razón? —gritaban las hormigas—.

Y la muy desvergonzada lo confiesa. ¡Tendría que caérsele la cara de vergüenza!

—¡Un momentito! —pidió el caballero—. Quisiera que la cigarra hable un poco más. A ver, señora, ¿cómo es que la sorprende el invierno sin casa y sin comida?

—¡Ay, señor! —comenzó la cigarra—. Es que yo canto durante el verano y no tengo tiempo de almacenar alimentos como hacen las hormigas.

—¡Lo confiesa, la muy descarada! —chilló una hormiga

del montón.

—¡Silencio! —exigió el caballero—. Continúe, señora cigarra.

—Pues ésa es mi situación, señor. Si yo me pasara todo el verano almacenando alimentos, no podría cantar. ¿Y qué sería una cigarra sin su canto? Nada. Nada de nada. ¿Y que sería del verano sin el canto de la cigarra? ¡Nada, nada de nada!

—¡Ah, el verano! —suspiró el caballero—. ¡Ah, las noches de verano! Esas noches estrelladas,

con la luna redonda y brillante.
¡Ah, las noches de verano y el
canto de las cigarras!

—¿Y a éste qué le pasa? —
preguntó la de la cara de vinagre.

—Pasa que se puso romántico
—explicó la capitana, que siempre
tenía una respuesta para todo—.
¡Eh, señor! —gritó—. ¿Quiere
saber algo más?

—Ah, sí —respondió el
caballero—. Me distraje un
momento recordando el verano.
¡Es que me gusta tanto! ¿Y saben
una cosa? La cigarra tiene razón, si

se dedicara a almacenar alimentos durante el verano, no podría cantar. ¿Y qué sería del verano sin el canto de la cigarra? —preguntó, empezando a suspirar otra vez.

—¡¿Y a nosotras qué nos importa?! —respondieron furiosas las hormigas.

—Nosotras, caballero suspirador —dijo con voz potente la gorda mandona, que no por casualidad era capitana—, nos pasamos todo el verano trabajando, yendo y viniendo de un lado a otro, acarreando nuestro alimento para

tener qué comer durante el invierno. ¡Qué nos importa el canto de la cigarra!

—¡Ah! —creyó comprender el caballero—. Entonces, ustedes, en vez de cantar en verano, cantan en invierno, ¿no es cierto?

—¿Cantar, nosotras? —se horrorizaron las hormigas—. ¡¿Nooosotraaas...?!

—¿Acaso no cantan? —preguntó el caballero, abriendo bien los ojos, pero uno más que el otro.

—¡Jamás! —respondieron

todas, con aire digno y la cabeza en alto.

—¿Tal vez bailan? —siguió preguntando Florianís.

—¿Bailar, nosotras? —se ofendieron las hormigas—. ¡¿Nooosotraaas...?!

—Pero, entonces... ¿qué hacen en sus ratos de ocio? —interrogó confundido el caballero.

—¡¿En los ratos de qué...?! —preguntaron todas las hormigas a la vez.

—Quiero decir cuando tienen tiempo libre, cuando terminan de

trabajar...

—¿Terminar de trabajar, nosotras? ¡¿Nooosotraaas...?! — repetían indignadas, señalándose a sí mismas con una patita.

—¡Sí! ¡Ustedes, ustedes! —gritó el caballero Florianís, bastante molesto, porque le disgustaba muchísimo que no lo entendieran.

—¡Pues sepa, caballerito insolente, que nosotras, las hormigas, jamás dejamos de trabajar! —atacó la capitana, gorda y ofendida.

—Entonces dígame, señora,

además de almacenar alimentos, ¿qué otro trabajo hacen ustedes?

—Entonces dígame, señor Meterete —se burló la gorda—, ¿le parece poco trabajo almacenar alimentos?

—No es que me parezca poco, señora, simplemente me imagino que en algún momento tendrán que terminar. Y como ustedes dicen que ni cantan, ni bailan, sino que trabajan y nada más, yo me pregunto qué otra cosa hacen cuando terminan de guardar la comida.



—Es que nunca terminamos, señor don Curioso —replicó la vinagre.

—¿Y comen todo lo que guardan?

—Es que no guardamos sólo para comer, sino para saber que tenemos —explicó la gorda.

—¿Que tienen qué?

—Que tenemos para comer —

respondieron todas.

—¡Me están volviendo loco! — gritó Florianís, que a esta altura ya tenía la nariz llena de puntos colorados, a causa de una alergia que le agarraba cuando se ponía nervioso—. ¿Es que comen menos de lo que guardan? ¿Para qué guardan tanto, entonces? — preguntó, tratando de calmarse.

—Para tener —dijeron las hormigas, como quien dice una gran verdad.

—Pero si no comen todo, siempre les sobra, es decir, que

trabajan de más. Ahora bien, trabajar de más significa que emplean en la tarea de guardar alimentos más tiempo del necesario. Por lo tanto, si emplearan únicamente el tiempo justo para almacenar lo necesario, les quedaría tiempo libre para hacer alguna otra tarea más divertida —razonó largamente el caballero Florianís y, por supuesto, nadie entendió nada.



M. FEJERADA

Pero por primera vez desde que empezó la discusión, las hormigas se quedaron con la boca cerrada. No sabían qué decir. La cigarra, en cambio, aprovechó el silencio para hacer una reflexión.

—Lo que pasa, señor, es que las hormigas no saben hacer otra cosa más que acarrear alimento hasta la cueva y después guardarlo. Y nada más. En eso se les va la vida.

—¿En eso se nos va la vida...?!
—reaccionaron todas,
ofendidísimas—. ¿A
nooosotraaas...?!

—¡Sí, a ustedes! —les respondió satisfecha la cigarra—. ¡A ustedes que lo único que hacen es trabajar como esclavas!

—¡¿Esclavas, nosotras?! —se indignaron las hormigas, a punto de masacrar a la cigarra—. ¡¿Nooosotraaas?!



—Digo yo una cosa —intervino a tiempo el caballero Florianís—. ¿Por qué no tratan de empezar alguna actividad entretenida, divertida, agradable...? Por ejemplo... a ver, a ver... ¡Ya sé! Cantar. Eso es. Cantar. ¿Por qué

no cantan, chicas?

—Ya le dijimos, señor Olvidadizo, que nosotras jamás hemos cantado —le recordó la capitana.

—Nunca es tarde para empezar, señora —respondió el caballero.

—¿Pero cómo vamos a empezar si no tenemos la menor idea de cómo se canta...?

—Yo diría, señoras mías —comenzó pausadamente Florianís —, que lo que ustedes necesitan es alguien que les enseñe a cantar.

—¡Y a bailar! —sugirió

entusiasmada una hormiguita, que hasta ahora sólo había abierto la boca para repetir lo que decían las demás.

—¿Por qué no? ¡A bailar también! —estuvo de acuerdo el caballero.

—¿Y se puede saber quién nos va a enseñar? A ver, ¿quién, quién? —preguntó la vinagre.

—Pues yo conozco a una profesora... —empezó Florianís— ...que podría enseñarles a cantar y bailar a cambio de casa y comida.

En ese momento, todos miraron

a la cigarra que, muy tranquila, se había recostado contra la roca y escuchaba atentamente la conversación.

—¿Usted qué opina, señora cigarra? —le preguntó Florianís.

—Bueeeeno... podría ser... no es mala idea —contestó, haciéndose la interesante—. ¡Acepto! —gritó a continuación, antes de que a alguien se le ocurriera cambiar de idea.

Así fue como a partir de aquel día, y gracias a la oportuna intervención del caballero

Florianís, las hormigas y la cigarra compartieron música, canto, casa y comida... trabajo, en fin, cada una aportó lo suyo y entre todas vivieron un poco mejor.

Segunda aventura



Donde se narra el

singular episodio de
ejemplar desenlace
protagonizado por el
caballero Florianís,
la vaca, la cabra, la
oveja y el majestuoso
león.

Cierto día en que andaba el caballero Florianís buscando algo para comer, se topó sorpresivamente con una vaca ocupada en la misma tarea.

—¡Ay de mí! —se quejaba la pobre vaca—. Tengo hambre y no encuentro nada para comer.

—Buenos días, vaca —saludó el caballero, no porque anduviera por el mundo saludando a cualquiera, sino porque era una manera de empezar a charlar; nada más.

—Buenos días —respondió la

vaca, que era muy atenta, aunque bastante desconfiada—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? — preguntó, porque no era cosa de andar hablando con cualquiera.

—Soy el caballero Florianís, para servirla, señora. Escuché sus lamentos, y le diré que mi situación es semejante a la suya: tengo hambre y no encuentro nada para comer. Sólo me quedan dos zanahorias y una cebolla, pero no pierdo la esperanza de encontrar algunas verduritas más para hacerme una rica sopa.

—A mí me quedan una papa y dos dientes de ajo —dijo la vaca—. ¿Qué le parece si entre los dos buscamos algo más y después nos ponemos a preparar la sopa? —sugirió, porque si una cualidad tenía esta vaca, era precisamente la de ser muy práctica.

—Cómo no —aceptó encantado el caballero—. Vayamos por aquel camino, tal vez encontremos algo.



Juntos y hambrientos se fueron los dos, mirando a un lado y a otro, recogiendo algunos hongos al pie de los árboles y unas pocas hierbas para agregar a la olla. En eso estaban cuando vieron pasar por allí a una cabra y una oveja llevando una canasta.

—Buenos días, señoras — saludó el caballero Florianís—. ¿Andan de paseo? —preguntó, por preguntar.

Muy apenadas, la oveja y la cabra se pusieron a contar su

difícil situación, ya que hacía dos días que no comían y por ese motivo andaban buscando algunas verduritas, con la ilusión de poder prepararse algún plato de comida.

—¡Igual que nosotros! — exclamó Florianís—. ¿Qué les parece si juntamos todo lo que tenemos y preparamos una sopa para los cuatro?

Por supuesto que les pareció bien. Sin perder tiempo, juntaron unas ramas secas, encendieron el fuego y alistaron la olla para el puchero. Ya estaba el agua a punto

de hervir, y muy atareados los cuatro limpiando las verduras y también saboreando de antemano la comida que habrían de compartir, cuando los sorprendió una voz desconocida.

—¿Hay un lugarcito para mí?

La voz era alta y grave; era una voz majestuosa. Todos se dieron vuelta de inmediato y, ¡cómo no sorprenderse!, detrás de un árbol, asomando su monárquica cabeza, un león sonreía bonachonamente.

—No se asusten, amigos — intentó tranquilizarlos el recién

llegado—. Soy un pacífico león muerto de hambre, y como veo que están cocinando, les propongo colaborar con algunos ingredientes, así luego podré participar de la comida.

—Cómo no... señor... león...
—dijo tímidamente la cabra—.
Bienvenido a... nuestro almuerzo.

El león abrió su mochila y sacó un chorizo, un ramo de perejil y un puñado de porotos. Echó todo en la olla y se sentó, dispuesto a esperar su porción de puchero.

Mientras tanto se pusieron a

charlar, sorprendidos los cuatro amigos al ver a un león tan cortés y tan humilde. Pero ya llevaba la charla bastante tiempo, cuando el caballero Florianís decidió interrumpirla para inspeccionar la olla.

—Señores, el almuerzo está listo —anunció—. Por favor, si cada uno me alcanza su plato, procederé a servir.

—¡Ajá! —dijo el león, acercándose a la olla—. Veo que el puchero es abundante. ¿Se puede saber cómo va a repartirlo,

estimado caballero?

—Pues en partes iguales —
respondió Florianís—. Somos
cinco, así que serviré cinco platos
bien llenos. Uno para cada uno.

Ya estaban la cabra, la vaca y la
oveja esperando que les llenaran
el plato, cuando imprevistamente
se adelantó el león.

—Un momento, caballero
cocinante, detenga el cucharón —
gritó con gesto amenazador,
olvidándose de la humildad y la
cortesía que hasta ahora había
tenido—. Ninguno tocará esta olla

—prosiguió—. Yo haré el reparto.



—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo piensa repartir? —quiso saber Florianís.

—Como corresponde, ni más ni menos. La primera parte será para mí —continuó—, y eso no se discute porque soy el león. La segunda me la merezco porque no existe nadie tan valiente como yo. La tercera también es para mí porque soy el más audaz. La cuarta me la he ganado por derecho natural. Y si alguno intenta tocar la quinta —concluyó

—, tendrá que rendirme cuentas de semejante osadía.

Así diciendo y amenazando a todos con sus garras y feroces rugidos, los echó del lugar para poder comer tranquilo el sabroso puchero.

La oveja, la cabra y la vaca, temblando de miedo, se escondieron detrás de unos árboles. El caballero, en cambio, quiso hacer frente a la situación, pero se dio cuenta de que él solo no podía, ni siquiera usando su espada. Entonces corrió hasta los

árboles donde estaban refugiadas sus amigas, para tratar de convencerlas de que se unieran a él y lucharan contra el león.

—Es muy fuerte —dijo la oveja—. Nos devorará a los cuatro.



—¡Es feroz! —exclamó la vaca—. Nadie puede contra él.

—Es muy valiente —aseguró la

cabra—. No le teme a nada.

—Pero es uno solo —razonó el caballero Florianís— y nosotros somos más.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntaron las temerosas.

—Defender nuestra olla y nuestros estómagos —contestó Florianís—. Cada una de ustedes con un palo y yo con mi espada —prosiguió— atacaremos al león. ¡Veremos quién es más fuerte!

De este modo marchó el pequeño ejército con el caballero Florianís a la cabeza. Y espada va

y espada viene, y palazos por aquí y por allá, lograron entre todos ahuyentar al león, que escapó muerto de miedo, sin haber probado ni siquiera la parte del puchero que con justicia le hubiera correspondido y que por prepotente perdió.

Tercera aventura



Donde se narra el

casual encuentro del
caballero Florianís
con la soñadora
lechera, la
conversación que
ambos mantuvieron y
la feliz idea que puso
fin a las desdichas de
aquélla.

Una apacible tarde de primavera caminaba distraído el joven Florianís por la orilla de un arroyo, cuando un estruendo de platos rotos lo sacó de su divagar. Miró a un lado y a otro hasta que descubrió, no muy lejos de donde estaba, a una joven sentada en el suelo, junto a un charco de leche y un cántaro hecho añicos. Rápidamente fue el caballero a su encuentro, pensando que la chica podría necesitar ayuda.

—¡Ay, qué mala suerte tengo! — se lamentaba la pobre, sin

levantarse del piso.

—¿Por qué se queja de su suerte, señora? —le preguntó Florianís mientras se sentaba a su lado.

—¿Cómo no voy a quejarme? Mire este charco de leche. Iba al mercado a venderla y se me rompió el cántaro... y... ¡buaaa...! —se largó a llorar la desdichada.

—Eso no es nada grave —dijo Florianís, intentando consolarla—. Compre otro cántaro y la próxima vez que vaya al mercado tenga

más cuidado.



McFEQUEEN

—Sí... pe... pero... no... es la pri... primera vez que... que... me pa... pasa... —tartamudeó la lechera con la voz tembleque, porque no es fácil hablar y llorar al mismo tiempo.

—Así que no es la primera vez que le pasa... —repitió Florianís las palabras de la lechera, lo cual significaba, simplemente, que no sabía qué decir.

La lechera dio un suspiro largo, se sonó la nariz con un pañuelito que sacó del bolsillo de su delantal

y se secó las lágrimas con las mangas del vestido, una manga para cada ojo.

—¡Ayy...! —volvió a suspirar—. En el pueblo me llaman la loca del cántaro y... ¡tienen razón...!

Y ya empezaba a llorar otra vez cuando Florianís recordó que todavía le quedaban en los bolsillos algunos caramelos de los que hacía su madre para que él se llevara en sus viajes. Al ver el caramelo que Florianís le ofrecía, la lechera suspendió el llanto para otra ocasión y volvió a sonarse la

nariz, esta vez con tanto ruido que espantó a todas las moscas que revoloteaban sobre la leche.



—Mmm... rch... rch... rich...
quí... shimo... mmm... —
balbuceó la chica mientras
saboreaba el caramelo; y al igual

que cuando se sonó la nariz, hacía tanto ruido que las moscas todavía no se animaban a volver a la leche.

—Bueeenoo... si quiere contarme algo más... yo la escucho... —siguió Florianís, que se moría de ganas, curioso como era, de saber por qué en el pueblo la llamaban la loca del cántaro.

—Ahh... —suspiró la lechera, como era de esperar, aunque afortunadamente, esta vez, sin lágrimas—. Como le decía, señor, no es la primera vez que rompo

un cántaro y me quedo sin vender la leche. Y no es que sea torpe — aclaró la chica, llevándose una mano al pecho para dar fiel testimonio de lo que decía—, lo que pasa es que me gusta soñar por el camino.

Y entre suspiros y caramelos que Florianís le daba, ya no para que dejara de llorar, sino nada más que porque ella se los pedía, la lechera le contó sus andanzas por la vida como simple soñadora. Eso, nada más. La lechera vivía soñando, imaginando su futuro, haciendo

planes, logrando con la imaginación todo lo que quería lograr en la realidad. Entonces, mientras iba camino al mercado a vender la leche, su imaginación se le adelantaba y llegaba antes a un mercado de ensueño donde muy rápido vendía la leche y con el dinero que le daban compraba una canasta llena de pollitos y, siempre con la imaginación, volaba a su casa a criar los pollitos que enseguida se convertían en hermosos pollos de rojas plumas y, en un suspiro, otra vez aparecía

en el mercado con todos los pollos en una gran jaula, y enseguida los vendía por buen dinero, tan bueno que le alcanzaba para comprar un pequeño cerdo, que al igual que los pollitos, ella se encargaba de criar y engordar para luego venderlo en el mercado, y lo vendería a tan excelente precio que podría comprar un ternero...



Y qué alegría con tantos sueños realizados en la cabeza, y qué felicidad, y qué ganas de saltar y bailar, y también, ¿por qué no?, tararear alguna canción para

acompañar los pasos de baile... Claro que todo esto, o sea, los saltos, el baile, el tarareo, no los daba la lechera en su mundo de fantasía, sino en el otro, en el real, en el de todos los días... Entonces... si se ponía a saltar y cantar y bailar mientras llevaba el cántaro de leche apenas apoyado en la cadera y sostenido con una sola mano, ¿cómo no se le iba a caer?



—Bueno, bueno... Ahora lo entiendo... —murmuró Florianís—. ¡Y pensar que la gente dice que soñar no cuesta nada!

—Eso será para otros, porque lo que es a mí, soñar me cuesta cántaros y más cántaros y la leche que no puedo vender —concluyó la lechera.

Florianís le preguntó entonces si

no sería más barato imaginar su futuro en otro momento, cuando no tuviera nada que hacer o antes de dormir. La lechera le contó que ya lo había intentado, pero que no daba resultado porque nunca lograba dejar de soñar camino al mercado.

—Entiendo perfectamente. A mí me pasa lo mismo —confesó Florianís—. Soy un soñador incurable, claro que yo no tengo cántaros para romper, que si no...

—¡Me alegro de que me entienda, señor! —exclamó

contenta la joven—. En el pueblo se burlan todos y me dicen que si no dejo de soñar, mis sueños jamás se harán realidad. ¡Y eso no lo puedo entender! —se enojó—, porque yo me pregunto: ¿qué sueños podré realizar si dejo de soñar?

—Así es la gente que no ve más allá de su nariz —afirmó el caballero que, a pesar de tener la nariz muy larga, siempre veía mucho más allá de ella.

Por unos segundos se quedaron los dos en silencio, pensativos,

hasta que a la lechera se le ocurrió pedir otro caramelo. Florianís buscó y rebuscó en todos los bolsillos y en la mochila que cargaba a la espalda, pero no encontró ninguno.

—¡Qué lástima! —se quejó la chica—. Nunca en mi vida había probado unos caramelos tan deliciosos.

—Los hace mi madre —le contó orgulloso Florianís.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? —preguntó la lechera, abriendo grandes los ojos y dispuesta a

escribir en la memoria la receta de los caramelos.

—Es muy fácil. Los hace con dulce de leche.

—¿Y eso qué es? —preguntó ahora, absolutamente ignorante de la existencia del dulce de leche.

—Es un dulce muy fácil de hacer —explicó el caballero que, aunque jamás lo había hecho, estaba acostumbrado a ver cómo lo hacía su madre—. Hay que hervir la leche con azúcar y vainilla un rato laaargo, laaargo, revolver un poco y... ¡listo! La

leche se convierte en dulce de leche. ¡Delicioso! Y una vez que el dulce está preparado, se deja enfriar y se hacen los caramelos.



Tal vez la explicación de Florianís no le hubiera resultado demasiado clara a una persona común y corriente, pero la lechera, fantasiosa como era, la entendió a

las mil maravi-llas. Porque si algo se necesita para cocinar, es imaginación. Y precisamente, imaginación es lo que le sobraba a esta chica. Así que, ni bien Florianís terminó de contar la receta, ya había ella llegado a su casa, corriendo con los pies de la fantasía, desde luego, y se había puesto a ordeñar la vaca, y ya estaba encendiendo el fuego para hervir la leche, y ya corría a la alacena para buscar el azúcar y una chaucha de vainilla, cuando fue a interrumpirla el caballero.



—¿En qué piensa, señora?

—En la solución de mis problemas. Ya no volveré a romper cántaros.

—¡No sabe cuánto me alegro!
Pero... ¿cómo va a hacer?

—Muy fácil. Usted me dio la solución. Nunca más iré al mercado a vender la leche en el

cántaro. A partir de hoy, la lechera será la caramelera. Fabricaré los caramelos en mi casa, los pondré en una canasta y los venderé en el mercado. ¿Qué le parece?

—¡Excelente! —exclamó Florianís, maravillado él mismo por haber tenido, sin saberlo, una idea tan brillante—. Y si en una de éstas —prosiguió—, soñando por el camino se le cae la canasta... ¡lo único que tendrá que hacer será juntar los caramelos!

—¡Así es! Ni cántaro roto, ni leche derramada.

Y los dos se dieron la mano como si acabaran de concretar un gran negocio. De este modo, y por simple casualidad, intervino el caballero en la solución de los problemas de la lechera (de aquí en más, caramelera), que en el futuro pudo vender la leche en el mercado, convertida en caramelos, sin dejar de soñar por el camino.



Cuarta aventura



Donde se relata el episodio de las ranas

que pedían rey y la
oportuna
intervención del
caballero Florianís
con su espada
salvadora.

Ya llevaba el caballero Florianí bastante tiempo de andar de un lado a otro, recorriendo diferentes caminos, subiendo y bajando cerros o cruzando ríos y arroyos, cuando le dio por pensar que le haría muy bien pasar una temporada en su casa con su familia, descansar un buen tiempo para luego volver a salir en busca de nuevas aventuras.

En esos pensamientos andaba, cuando repentinamente advirtió que ya era noche cerrada, así que decidió echarse para poder

dormir. Y aunque ésa era su intención, no lo consiguió porque un murmullo insistente, semejante a una conversación acalorada, lo sobresaltó. Florianís no tardó en averiguar que el encendido parloteo provenía de una laguna cercana. Tratando de no hacer ruido para no llamar la atención, hacia allí se encaminó. Qué sorpresa habría de llevarse al comprobar que la discusión tenía lugar entre un considerable número de ranas que, al parecer, trataban algún asunto de suma

importancia.



—Así es —afirmó rotundamente una de las ranas—, eso es lo que necesitamos. ¡Y con urgencia, con suma urgencia!

—¡Sí, sí, sí! —apoyaban las demás.

—Tiene que ser muy pronto, ¡ya mismo!, así podremos organizar nuestra vida con provecho —

siguió entusiasmada la primera rana.

—¡Sí! ¡Pronto, pronto! —volvieron a corear las demás.

—¿Se puede saber a quién vamos a elegir? —preguntó una rana a gritos.

—Todavía no lo sabemos —contestó enojada la que llevaba la voz cantante.

Mientras tanto, escondido entre los altos pastizales, Florianís escuchaba con las orejas bien abiertas y con una curiosidad que le hacía picar su larga nariz; y fue

por este motivo que decidió intervenir en la conversación como si él mismo fuera una rana más.

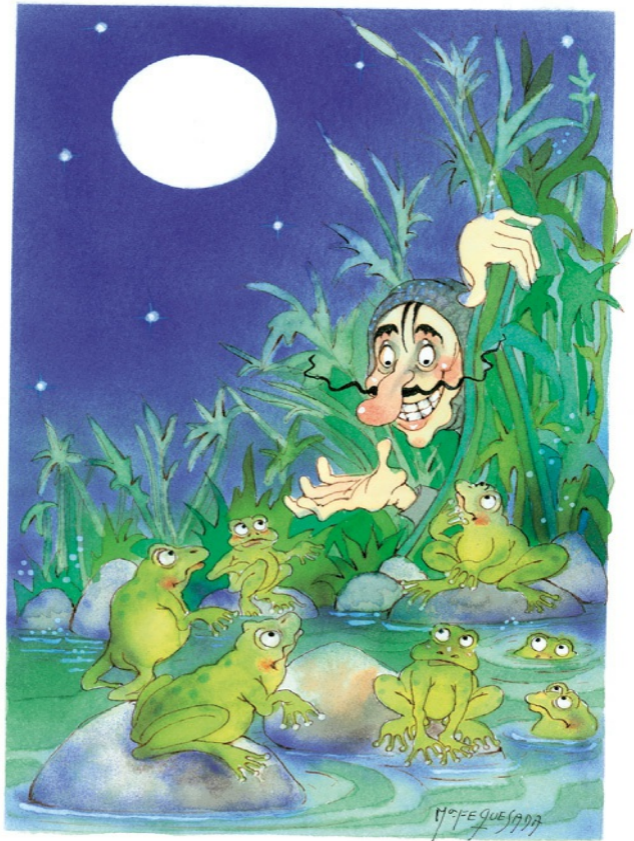
—Me van a disculpar la interrupción, señoras —empezó muy educadamente, aunque igual las ranas se asustaron y saltaron de las piedras en las que estaban sentadas para zambullirse en la laguna—. ¡Por favor, no se asusten! Sin querer escuché su conversación y pensé que tal vez podría ayudarlas...

Las ranas dudaron un poco de

las buenas intenciones de Florianís, pero como él insistió en eso de la ayuda, decidieron creerle y contarle sus pesares. Así las cosas, le explicaron su necesidad de llevar una vida más metódica y organizada, donde cada una cumpliera una función, porque ya estaban hartas del desorden en que vivían y se daban cuenta de que era hora de que alguien las gobernara.

—¿Pero no pueden gobernarse ustedes mismas? —quiso saber Florianís.

—Imposible —respondió una de las ranas—. Ya lo intentamos y nos salió mal. Nos pasábamos todo el día peleando.



—Lo que nosotras queremos — dijo la más habladora— es que sea otro el que nos organice la vida, porque así le haríamos caso y viviríamos tranquilas.

—¡Eso, eso! —apoyó una ranita—. ¡Lo que nosotras necesitamos es un rey!

—¡Un rey! ¡Un rey! ¡Queremos un rey! —gritaron todas juntas.

Florianís no entendía muy bien por qué las ranas, siendo tan libres como eran, pedían un rey. Pero ya que estaban tan decididas y no

tenían ni la menor idea de quién podría desempeñar tal función, se le ocurrió que tal vez él podría encontrar alguno. Fue así como a la mañana siguiente se puso a recorrer los alrededores en busca de un candidato a rey.

Ya cerca del mediodía, y no habiendo encontrado ninguno, se sentó a descansar en una gran piedra con la cabeza entre las manos, dando largos suspiros.

—¿Qué te pasa, cansado caballero? —se oyó una vocecita desde lo alto de un árbol.

El caballero miró hacia arriba y se quedó con la boca abierta: enroscada en el árbol, una víbora larga y gorda, de vivos colores y prominentes colmillos, lo miraba sonriéndole amistosamente. Había tanta dulzura en su expresión, que Florianís, en vez de tenerle miedo, se sintió confiado y le contó todo acerca de las ranas, la búsqueda del rey y lo difícil que resultaba encontrar uno.



La víbora lo escuchó atentamente y, sin dejar de sonreír, le dijo con humildad que tal vez ella tenía la solución del problema.

—Sólo hay un inconveniente — agregó la víbora—, en vez de conseguir un rey, te conseguiré una reina.

—No creo que eso sea un inconveniente —dijo Florianís—. Supongo que rey o reina, al fin y al cabo será lo mismo.

—Pues bien —afirmó la víbora, mientras se deslizaba por el tronco

del árbol—, aquí está la reina, o mejor dicho aquí estoy yo, la futura reina.

Florianís la miró sorprendido, abriendo un ojo más que el otro, según era su costumbre. Es que... ¡como para no sorprenderse! El caballero tenía sus dudas acerca de las bondades de la víbora; pero se la veía tan dulce y tenía una vocecita tan suave y había tanta serenidad en su mirada, que no tuvo más remedio que considerar la propuesta seriamente.

—Acepto —dijo al fin—. Ahora

veremos si las ranas están de acuerdo.

Charlando amigablemente llegaron los dos hasta la laguna, donde las ranas dormían al sol, recostadas en las piedras. Muy grande fue su sorpresa al despertar y ver a la víbora en compañía del caballero, pero más grande aún al escuchar de boca del mismo Florianís la propuesta de convertir a la víbora en futura majestad de todo el ranerío.

Florianís trató de explicar la situación, pero la víbora se le

adelantó derramando cordialidad y bellas palabras por entre los colmillos. Y fue tan buena la impresión que recibieron que a las ranas jamás se les hubiera ocurrido rechazar a una reina tan amable y bondadosa.

De este modo, satisfechas las ranas por tener quien las gobernara, orgullosa la reina por contar con súbditos a quienes gobernar y contento Florianís por haber contribuido a tal armonía, decidió el caballero que ya era tiempo de emprender la retirada. Y

después de despedirse, inició la marcha silbando según hacía siempre. Pero tras haber caminado un día entero, se dio cuenta de que no tenía la espada. Qué disgusto tan grande al comprender que debía volver a la laguna de las ranas, donde seguramente la había olvidado.

Luego de otro día de caminata, llegó nuevamente a la orilla de la laguna, donde, por suerte, encontró su espada. Como estaba muy cansado, se sentó pensando dormir un rato, cuando de

repente, una tímida voz lo sorprendió desde el agua.

—¡Ay, caballero! ¡Por fin llegaste!

—¡Hola! —saludó Florianís—. ¿Qué tal andan las cosas por acá?

—¡Chist! ¡No grites! —pidió la ranita—. ¡Que no te oiga! ¡Que no se enoje!

—¿Qué pasa? —preguntó el caballero.

—¡Chist! ¡No grites! —insistió la rana—. Si te oye, se enojará y nos matará a todas.



De un salto, la rana salió del agua y, parándose en las rodillas de Florianís, le contó el drama que estaban viviendo desde que él se marchó. La víbora, lejos de

cumplir con lo prometido, no había hecho más que demostrar su verdadera condición: era mala, malísima; se pasaba todo el tiempo clavándoles a las ranas sus filosos colmillos para obligarlas a trabajar sin descanso, desde la salida del sol hasta muy entrada la noche.

Hablando y llorando a la vez, la rana dijo que en ese momento sus compañeras estaban en el fondo de la laguna cavando unas cuevas profundas por orden de la malvada, y que ella se había escapado, pero que seguramente la

reina ya la estaría buscando. Dicho y hecho, en ese momento sacó la víbora medio cuerpo del agua y abriendo su feroz boca, que ya no sonreía, le ordenó furiosa a la rana que volviera a trabajar, amenazándola de muerte. La ranita se zambulló en el acto y la víbora hizo lo mismo, mientras Florianís se quedó sentado en la orilla, mudo de asombro y sin saber qué hacer. En ese mismo instante, otra rana asomó la cabeza por entre los yuyos de la orilla.



—¡Auxilio, por favor, Florianís!
—rogaba llorando—. ¿Qué
podemos hacer?

—Pues tendrán que derrocar a la
tirana —contestó el caballero,
como quien dice dos más dos son
cuatro.

—Pero eso es imposible... —
murmuró la ranita, más asustada
que antes.

—No es imposible —aseguró el
caballero—. Hay que avisar a las
demás ranas que se preparen para
la gran batalla.

De un salto la rana volvió al
agua y alertó a las otras, mientras
el caballero, espada en mano, se
quedó de pie junto a la laguna. Al
cabo de un rato aparecieron todas
las ranas, contentas de ver
nuevamente a Florianís, y entre
todos se pusieron a planear la

manera de derrocar a la reina.

Precisamente en eso estaban cuando la víbora se asomó a través del agua, con la enorme boca abierta y mostrando sus poderosos colmillos. Furiosa ante la desobediencia de sus esclavas, comenzó a perseguirlas tratando de comérselas. Las ranas, de acuerdo al plan que habían trazado con el caballero, en vez de huir, saltaron encima de la víbora, hundiéndole en la piel sus finas y puntiagudas patas. A pesar de la sorpresa, la malvada abrió más la

boca y giró la cabeza a un lado y a otro, intentando capturar a las revoltosas para devorarlas de una vez. Pero ellas seguían aferrándose al lomo de la tirana que se retorció rabiosa, sin poder atrapar ni siquiera a una sola de las insubordinadas.



Mientras tanto, inmóvil en la orilla y con la espada en alto, Florianís aguardaba el momento de intervenir. Al cabo de unos segundos, y a causa de tanto retorcerse, estuvo la víbora por fin bien a su alcance; entonces

Florianís pegó un grito para que las ranas saltaran al agua, y de un espadazo certero cortó el caballero audaz la cabeza de la odiosa monarca.

Las ranas salieron del agua felices por haber recuperado su libertad y prometiéndose a sí mismas olvidarse para siempre de reyes y reinas, y vivir tranquilas bajo su propio gobierno. Porque al fin y al cabo, quién mejor que ellas para solucionar sus problemas y atender sus propios intereses.

Después de un largo festejo que duró un día entero, Florianís se puso en marcha una vez más. Pero ahora se iba a su casa, quería descansar una larga temporada antes de volver a partir en busca de nuevas aventuras.

Dirección Editorial: Raquel López Varela
Coordinación Editorial: Ana María García Alonso
Diseño de cubierta: Francisco A. Morais
Adaptación digital: Javier Robles

Reservados todos los derechos de uso de este ejemplar. Su infracción puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Prohibida su reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública, puesta a disposición, tratamiento informático, transformación en sus más amplios términos o transmisión sin permiso previo y por escrito. Para fotocopiar o escanear algún fragmento, debe solicitarse autorización a EVEREST (info@everest.es) como titular de la obra, o a la entidad de gestión de derechos CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

© Norma Huidobro

© EDITORIAL EVEREST, S. A.

Carretera León-La Coruña, km 5–LEÓN

ISBN: 978-84-441-4861-8

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

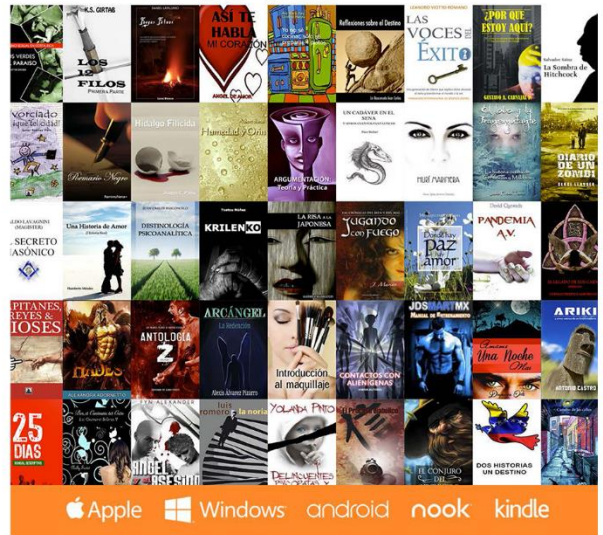
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS